

Carne de calidad

Bruno Alberto Pérez Moncada

Ir al mercado con la abuela era una molestia enorme para mí: el olor de la carne cruda y sanguinolenta me repugnaba y me provocaba arcadas, así como ver las cajas donde metían las frutas y las verduras en mal estado. Cuando me quejaba o pedía irme de allí, la anciana mujer, remilgosa y de carácter fuerte, solo me decía: «No te quejes, que tenemos que llevarle la comida a tu hermana que está malita». Nunca entendí esas palabras, ya que yo ni siquiera veía a mi hermana en la casa.

Mi madre también me decía que mi hermana siempre estaba enferma, que había nacido con una falla cardíaca, el sistema inmunológico sumamente debilitado y una malformación en la cara que le impedía respirar, por lo que tenía que permanecer siempre con oxígeno, sin salir de casa y sin recibir visitas, ya que con la más mínima bacteria o virus que entrara a su habitación, ella moriría a los pocos minutos.

En mis diez años de vida jamás he visto a mi hermana, no sé cómo es, no sé cuánto mide, ni sé nada de ella; lo único que sé es que se llama Diana, así como la que está en la Ciudad De México. Sé también que su comida favorita es todo tipo de carne, no importa su procedencia, según dice mi madre. No me parece justo que no pueda verla: el día que intenté hacerlo, mi madre y abuela me castigaron encerrándome en una caja de lavadora todo un día, así que lo mejor sería quedarme con las dudas.

El día de hoy, cumpleaños número ocho de mi hermana, le prepararon un montón de comida, solo para ella; lo más especial era una pierna de cerdo que mi madre y abuela habían ido a comprar, la habían preparado con hierbas finas y aderezos. Poco antes de que la llevaran, arranqué un pequeño pedazo con mis dedos y lo comí, era la cosa más exquisita que había probado en toda mi vida: su sabor y la textura de la carne eran inigualables, no existía punto de comparación entre las insípidas comidas que las señoras hacen.

Mi padre vino hoy, muy tarde, ya pasada la fiesta de cumpleaños. Mi madre no lo recibió muy bien, pero eso a él no le importó, se puso un traje blanco de cuerpo completo y una máscara de gas y subió a la habitación a ver a mi hermana. Pude escuchar desde abajo que le decía con mucho cariño: «Mi niña hermosa, cada día te vez mas hermosa y mas gordita, cuánto te quiero, mi niña». No escuché la respuesta de mi hermana, solo un chillido muy extraño; quizás no se sentía bien. Mi padre bajó, se quitó el traje de plástico y la máscara, para luego irse; a mí ni siquiera me hizo caso.

Hoy, al llegar a la casa luego de un muy aburrido viernes de escuela, me di cuenta de que no había nadie; no me dejaron una nota ni nada por el estilo, así que solo dejé la mochila en el suelo y me senté a ver la televisión. Más temprano que tarde me dio curiosidad ver a mi hermanita, luego de tantos años, pero recordar cuando estuve encerrado en aquella caja me frenaba. Se hacía tarde y nadie llegaba; la curiosidad acabó por ganarme, y lentamente empecé a subir las escaleras. Estaba ya frente a la puerta de aquella habitación, toqué un par de veces, pero no hubo respuesta; traté de abrir la puerta, pero no pude. Bajé las escaleras corriendo, ya que escuché la puerta principal abrirse.

No les conté nada a mi madre o abuela, ya que si lo hacía esta vez me iban a encerrar seguramente en el refrigerador, así como lo hacían con la carne cruda que le mostraban a mi hermana para que eligiera cuál parte comerse. Vaya si tenían consentida a esa niña. Veía cómo bajaban de su habitación cortes de carne que se veían de lo más finos y deliciosos, pero a mí no me permitían comer eso.

La vida pasó cuan aburrida, deprimente y estúpida es. Mi abuela murió de cáncer en la espina dorsal, mi padre también murió, según me dijo un amigo mío, hijo del médico que le hizo la autopsia: se había provocado una sobredosis con antidepresivos, se bebió media botella de vodka y luego se dio un balazo en la cabeza; sonaba poco realista, pero en fin. Mi madre seguía viva pero cada vez se le veía más cansada, más harta de cuidar a mi hermana, de tener que subir a la habitación; por más que yo le pedía subir, ella me decía que no.

Un buen día, de esos en los que llegué de la escuela luego de no aprender nada ya que la maestra se la pasó llorando por que su marido la dejó, harto de años de no saber quién era mi hermana, fui escaleras arriba yforcé la cerradura para entrar.

Todo lo que recuerdo es haber abierto la puerta para luego despertarme con un dolor de cabeza insoportable, punzante y que me recorría desde la nuca hasta la frente. Estaba acostado en mi cama, cobijado hasta los hombros con una pesada manta gris. Mi madre, sentada en una silla al lado mío, viéndome con coraje, con odio y asco, me dijo:

—Maldito imbécil, te dije que no te metieras nunca en la habitación de tu hermana. Ella está muy enferma, la vas a matar, maldito pedazo de mierda, igual que tu padre. Ojalá hubieras tenido tú su pésima condición de salud. Al menos ella nos será útil, no como tú.

Me escupió en la cara luego de darme una cachetada. Se levantó y salió de la habitación azotando la puerta. Hice la cara a un lado y me puse a llorar mientras sentía cómo mi mejilla se ponía cada vez mas tibia; me oriné encima y me quedé allí hasta que anocheció.

No supe qué hora era, no me di cuenta de nada, solo podía ver la noche por la ventana. Pude escuchar que mi madre abrió la puerta de entrada, había risas y conversaciones que sonaban amenas y cordiales. Esperé un momento hasta que escuché que todos se habían sentado a la mesa. Me levanté de la cama y abrí la puerta de mi habitación en silencio, me asomé por las escaleras y vi a mi madre hablar con dos hombres que, vestidos con elegantes trajes negros, llevaban dos maletines del mismo color.

En la mesa una enorme bandeja con carne cocinada, preparada en algún momento del que nunca me enteré; aunque la carne no tenía mucha forma ni sentido, se veía que era espectacular. A la mesa también acompañaban copas de vino y un enorme plato hondo con ensalada, botanas y licores de todos tipos.

Caminé de nuevo a la habitación de mi hermana. La puerta estaba entreabierta, con apenas una muy delgada rendija por la cual se podía ver hacia adentro. Me asomé con cuidado, pero no pude ver más que tubos de plástico de distintos grosores y tamaños, así como una cubeta roja colgada desde el techo. Entré despacio y cerré la puerta. No vi a mi hermana por ningún lado, no estaba en la cama, no estaba en su baño personal.

Abrí el clóset y encontré, colgados en ganchos de carnicería, un par de cilindros delgados y pálidos, dos piernas huesudas. Caí de sentón en el suelo y vomité en medio de mis piernas, comencé a llorar y a gritar. Escuché fauera de la habitación pisadas fuertes que se acercaban. Un hombre alto

pateó la puerta y me estiró del cabello, me bajó a la cocina, me azotó contra el suelo y me pisó el pecho para inmovilizarme.

Mi madre rio, así como el otro hombre que los acompañaba. Le pidió amablemente al hombre que me pisaba que dejara de hacerlo, para luego ella tomarme por el cabello y hacerme mirarla.

—Muchacho imbécil, si tan obsesionado estás con el dolor de cabeza que es tu hermana, haré que te la tragues, la digieras y la cagues: no tenía tanta carne, de cualquier manera, pero no te preocupes, niño tonto, que la preparé a tu gusto.

Me levantó del suelo con una fuerza descomunal y hundió mi cabeza en aquella carne, luego la sacó, tomó un puño de la carne y la metió en mi boca. Yo lloraba, pataleaba y de nuevo me orinaba encima. Me hicieron comer y tragar, comer y tragar hasta que no pude más. Me sentaron en la silla. Aquellos hombres y mi madre me miraban y se reían.

—Señora, mire, a su hijo creo que no le gustó su comida, ni su hermana, tenía el sabor de cualquier putita menor de esas que nos llevan ya destazadas y listas para vender. Pero, oiga, vaya que la hizo engordar bien. Lástima que su marido no esté aquí con nosotros: era un buen elemento.

Luego de escuchar eso vomité de nuevo y entre mis piernas se formó un charco espeso de vómito, con colores rojizos y cafés, grumos de carne y verduras. Caí al suelo sin fuerzas; sentía que me quedaba dormido. Después de eso escuché unas últimas palabras que me trajeron aquí con usted, doctor: «No lo coman, su carne no es tan deliciosa como la de mi hija o la de mi marido, quien ya se había sazonado previamente con alcohol, maldito viejo borracho. ¡Lástima que se pegó un tiro, la cabeza también es sabrosa, pero no se me da el sabor de la pólvora y el metal!».

—Mmm, hijo, ¿estás seguro de lo que me estás contando? No suena nada creíble tu historia. Y perdona que sea yo el que te lo diga, pero son acusaciones gravísimas contra tu madre, quien siempre ha sido una respetable carnicera en el pueblo.

—Doctor, se lo juro por Dios que es verdad, ella me hizo eso, ella y esos hombres de traje. Me des-

perté en la habitación de mi hermana, con esos tubos metidos en el cuerpo, pero pude escapar. Se lo juro, doctor, tiene que creermelo.

—Lo lamento, pero no te puedo creer algo así. Lo mejor será que llame a tu madre para que te recoja y te lleve de vuelta a casa, de lo contrario estos rumores tan absurdos se propagarán por el pueblo y tendrás problemas.

Asustado tomé una pluma y se la encajé al doctor en el ojo. Salí corriendo del consultorio, otras personas estaban esperando ser atendidas. Mientras corría por la calle escuché la voz de mi madre, cerca, cada vez mas cerca, como si estuviera justo detrás de mí. Se reía, se burlaba y gritaba, hasta que finalmente, mientras yo corría, me dijo con ternura: «Ven aquí, mi niño, que te he preparado tu platillo favorito, ayúdame con tu sazón, y cenemos juntos».